

INTRODUCCIÓN

CUBA, UN RAYO DE LUZ ECOLOGISTA

El 2 de julio del año 2004, en el patio de La Casika, un centro social okupado de Móstoles, la ciudad de la periferia obrera de Madrid en la que vivo, mi amigo y compañero de militancia José Iniesta compartía con algunos parroquianos los datos de una charla que Pedro Prieto había realizado en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense unos meses antes. 'Cuando sepa toda la verdad sobre el petróleo y el gas, su vida cambiará para siempre'. La frase de Jay Hanson, que abría la presentación, pronto dejó de parecerme un recurso retórico para ir conformándose la transcripción resumida de un extraño oráculo. Todas y cada una de las creencias más sólidas de la treintena de personas que conformábamos el público comenzaron a removerse. Y una tras otra, las transparencias que allí se mostraban iban configurando, de modo difícilmente rebatible, un futuro absolutamente *contraintuitivo*, que contrastaba con la ciudad y las costumbres que nos rodeaban. Y es que en pleno corazón de la euforia urbanística, en los años dorados de esa efímera Belle Époque que fue la burbuja inmobiliaria, hasta un barrio antaño humilde como Móstoles irradiaba despilfarro y optimismo prepotente en cada rincón y en cada comportamiento. La abundancia cantaba a mil voces su monólogo triunfalista. Y es cierto que el 11-S, la invasión de Irak y sobre todo el atentado en Atocha sugerían que la historia no había llegado a su fin. Pero sin duda, en aquellos años, salvo para un puñado de jóvenes libertarios que nos empeñábamos en provocarla frotando una cerilla ignífuga, la historia era algo que ocurría siempre en alguna otra parte.

Si lo que allí se contaba era cierto, y la coherencia del argumento hablaba a favor de su veracidad, las previsiones del tiempo eran catastróficas. Y el esplendor del presente se parecía más un canto de cisne. Nuestra sociedad, como analizaba Blanqui para el caso de Roma, estaba preparando su sepulcro, embelleciéndose durante su agonía para morir. Aquella proliferación de megaproyectos, monumentos descabellados y centros comerciales, cada cual más gigantesco, más lujoso y más histriónico, se parecían más a los bubones de una suerte de peste negra civilizatoria que a síntomas de una prosperidad sin fin. Como ocurre siempre en estos casos, y he tenido numerosas oportunidades de experimentarlo desde el lado del mensajero que cuenta por primera vez a un público qué es el pico del petróleo, la resistencia psicológica e ideológica ante esta noticia indigerible fue tenaz. Incluso entre aquellos que habíamos hecho de la destrucción del orden social existente nuestro voto sagrado de juventud. No obstante, y aunque se pudiera discutir y matizar fechas, números o detalles, la comprensión de la excepcionalidad histórica de la era de los combustibles fósiles cayó sobre nosotros como una losa, taponando múltiples horizontes de expectativas, por supuesto activistas, pero también vitales. Con todo y ello, la charla no terminaba con todos los puntos de fuga clausurados. Y entre la pesadumbre surgió un rayo de luz: Cuba. Supuestamente Cuba había pasado, en los años noventa, una experiencia que se asemejaba a un pico del petróleo. Y aunque el coste social había sido alto, lo había conseguido sin incurrir en un colapso traumático.

Ocho años más tarde, el 4 de marzo de 2012, en el marco de unas jornadas de varios días de duración ('Móstoles sin petróleo') y en el mismo centro social okupado, yo mismo daba una charla sobre la experiencia cubana que ponía en común los primeros atisbos de una investigación doctoral que comenzaba a dar sus primeros pasos. En este caso, cuatro años de crisis económica salvaje allanaban el terreno para la aceptación de un discurso rupturista respecto a los patrones sistémicos heredados. En aquella charla una mujer, activista del movimiento decrecentista en Gasteiz, me preguntó 'todo el mundo dice que tendremos que hacerlo como lo hicieron los cubanos. Y yo me pregunto, ¿cómo lo hicieron *realmente* los cubanos?'. El adverbio 'realmente' estuvo intencionalmente resaltado en su intervención.

Era cierto que en los círculos ecologistas de todo el mundo el caso cubano había ido ganando una enorme fama de faro con potencialidad para guiar nuestros inciertos pasos hacia sociedades dignas con bajo consumo energético. Pero tampoco había certeza, más allá de algunos libros y un famoso documental, sobre si esta fama era merecida. Contesté su pregunta posponiendo la respuesta, quizá hasta hoy, pues dos semanas más tarde salía mi vuelo con destino a La Habana, inicio de mi primer viaje de investigación a la isla. Al igual que ella yo tenía por entonces ya algunas sospechas respecto al relato militante sobre el caso cubano, sospechas que ya había plasmado en mi trabajo final de máster y que además mis primeras comunicaciones con Humberto Ríos me habían confirmado. De ese viaje esperaba una toma de contacto con la realidad de la isla que me permitiera conocer, con cierta profundidad, qué pasó en Cuba en los años noventa. Quince días más tarde, mientras despegaba el vuelo de Cubana de Aviación del aeropuerto de Barajas, sentí que no llevaba conmigo solo una agenda de investigación personal, sino que era una suerte de embajador de una curiosidad colectiva, que muchos años más tarde sigue existiendo, y que de algún modo justifica publicar un libro como este.

Este libro es un resumen divulgativo de una parte de esa tesis doctoral¹ de casi 1.000 páginas que fui a hacer a La Habana, en un proyecto que también fue mi trabajo asalariado (mediante dos becas) durante seis años. Más allá de su dimensión laboral, es indudable que para realizar una investigación así me ha movido una profunda pasión, aunque esta no sea académica. No me sobra el orgullo universitario porque en general las universidades son hoy, en palabras de Rexroth, 'fábricas de niebla'. Yo he ido a la universidad, y creo que puede considerarse como una confesión generacional, un poco como los jóvenes portugueses iban al ejército antes de 1974, de forma huidiza, como haciendo el tiempo. Sin embargo, también es cierto que una vez dentro del mecanismo académico he tenido la suerte de encontrar algunas personas que, amparadas al abrigo de lo poco que queda de la vieja autonomía universitaria, realizan trabajos que dignifican mucho la labor de un investigador como servidor público. Personas que enfocan sus esfuerzos científicos hacia la transformación social. Pero, también, personas que hacen buena ciencia, ciencia rigurosa, que es un prerrequisito para lo primero. Afirmo que en todo momento he intentado mantenerme dentro de esta interpelación que marca distancia entre conocimiento y política, pues aunque han sido mis motivaciones ecologistas y

anticapitalistas las que me han traído hasta aquí, reconozco que sería flaco el favor que se podría hacer a la causa de la transición a sociedades pospetróleo si una investigación con una intencionalidad tan marcada no estuviera filtrada por un método, cuya raíz es académica, que pusiera en tela de juicio los sesgos derivados de los compromisos que uno porta consigo.

Las páginas que estas líneas introducen son el resultado final de este esfuerzo, que sin perder una aspiración científica tampoco se deja arrastrar a la neutralidad, ficticia e indolente, de la que hacen gala todos esos hermeneutas del cinismo, como los llama Boaventura de Sousa Santos, que tanto abundan en las ciencias sociales posmodernas.

Una última nota para perfilar esta introducción: retomando la anécdota inicial, es significativo que cuando todavía en el año 2010 ni siquiera los profesores más brillantes con los que me he ido topando a lo largo de la carrera tenían demasiada idea sobre la problemática energética del siglo XXI, yo pudiera haber sabido del pico del petróleo, y sus profundas implicaciones, seis años antes, en una charla acontecida en una okupa. Esto no solo sirve para ejemplificar la existencia de un underground de la inteligencia absolutamente invisible desde las lentes del conocimiento oficial. Aquí hay otra verdad escondida: el debate sobre la energía adquiere su verdadero sentido en espacios como una okupa. Esto es, el debate sobre la energía alcanza su madurez cuando la cuestión técnica o científica es superada en la discusión pública sobre el modelo de sociedad en la que se puede y merece la pena vivir. Quiero que este, y no otro, sea en todo momento mi sitio.

1. Concretamente, aquella que centró sus esfuerzos en el análisis e interpretación de la sostenibilidad ecológica del sistema social cubano tras el desplome de la Unión Soviética. La tesis, titulada 'Opción Cero. Sostenibilidad y Socialismo en la Cuba Postsoviética: estudio de una transición sistémica ante el declive energético del siglo XXI', fue dirigida por Juan Carlos Gimeno Martín y defendida en la Universidad Autónoma de Madrid el 11 de enero de 2016. La investigación en la que se fundamentó abarcó seis años (2009-2016), incluyendo un trabajo de campo en Cuba de más de siete meses de duración.

Al tratarse de un documento antropológico que nace de un trabajo de campo, la tesis doctoral que inspira este libro complementa la línea argumental general con un abundante registro etnográfico en clave de descripción de situaciones sociales significativas a través de la observación participante, entrevistas, análisis de documentos culturales, testimonios biográficos en primera persona de sujetos protagonistas... Todo este material minucioso, que da a la investigación su verdadera riqueza sociológica, no está presente en las páginas que siguen por una cuestión de economía de espacio. Solo se ha recurrido a él de modo puntual para iluminar cualitativamente algunos fenómenos de interés. Lo mismo debe afirmarse del abundante corpus de datos estadísticos-cuantitativos con el que se ha dialogado a lo largo de todo el proceso. No obstante, la tesis completa es accesible gratuitamente en la red, para quien a partir de la lectura de este libro quiera profundizar o discutir el detalle o la fundamentación científica de alguna de sus afirmaciones: <https://enfantsperdidos.files.wordpress.com/2016/02/tesis-opcic3b3n-cero-version-final.pdf>